

FLANEAR POR LOS DESIERTOS

Huella y peligro en los viajes collas y atacameños

Raúl Molina Otárola

I. El viaje transfronterizo

Un viaje que va más allá de los espacios de desplazamientos permitidos por los Estados nacionales y que evita los pasos fronterizos controlados por la burocracia y la policía, es un viaje que asume riesgos y peligros. Éstos se relacionan con los controles y prohibiciones impuestos al tránsito internacional por los países y con el comportamiento de la naturaleza en el territorio de desplazamiento. Este breve enunciado nos aproxima a comprender las alternativas del viaje transfronterizo efectuado por collas y atacameños para sostener sus relaciones sociales y de intercambio económico entre el desierto y la puna de Atacama, en Sudamérica. Estos pueblos del desierto han practicado una movilidad transcordillerana de carácter consuetudinario, cuyos desplazamientos tienen antecedentes históricos que son anteriores a la constitución de los Estados nacionales del siglo XIX.

La puna y el desierto de Atacama son espacios continuos, con diferencias altitudinales, que longitudinalmente están articulados por la Cordillera de los Andes. Para algunos, la cordillera no es impedimento para unir a los pueblos (Bowman 1924), pero en la mayoría de los casos, este tipo de accidente geográfico es utilizado como barrera y línea divisoria entre países, como ocurre con la frontera trazada por las repúblicas de Argentina y Chile en 1899, tras la Guerra del Pacífico y de las tratativas de intercambio de territorios, que terminan repartiendo el desierto y la puna de Atacama que fueron jurisdicción territorial de Bolivia desde 1825 (Sanhueza 2001). Ambos países convienen en ocupar las mayores alturas de los Andes y las divisorias de aguas, como referente para el deslinde internacional y, posteriormente, proceden a una rápida nacionalización de los territorios incorporados (Escolar 2005, Saint Geours 1984). Este hecho desconocía que la puna y el desierto de Atacama eran espacios poblados por comunidades indígenas atacameñas y en algunas zonas de la puna conocidas con el etnónimo colla, que se encontraban articuladas por redes sociales y económicas. Atacameños y collas han sido históricamente comunidades indígenas vinculadas por lazos de parentesco, amistad y de reciprocidad económica. Durante el siglo XX, los Estados nacionales respectivos se han empeñado en diferenciarlos por etnónimos distintos, como modo de “nacionalizar al indígena y sus territorios”; así se les nombra collas

en Argentina y atacameños en Chile (Benedetti 2005, Molina 2010). Coincidentemente, los acuerdos internacionales tampoco repararon en los estrechos vínculos que unían a estos territorios, y procedieron a fragmentarlo. Como sabemos, las fronteras se trazan prescindiendo de estas evidencias etnoterritoriales, como lo explica el decimonónico Ernest Renan (1947) en sus discursos sobre el nacionalismo.¹

Lo ocurrido en la puna y el desierto de Atacama no es exclusivo de esta región. Baste con nombrar la Línea Durand, trazada por el colonialismo inglés, que fijó en 1947 el límite entre Afganistán y Pakistán, fragmentando el territorio común de los pashtun; o reconocer en el mapa de África del Norte el territorio de los tuareg repartido en cinco nuevos países formados en el siglo XX, o bien, observarlo en la etnia ticuna de la Amazonía, cuyos territorios ocupados están repartidos en tres países. Estas operaciones de fijación de fronteras y reparto territorial entre países, cuando se superponen a espacios territoriales preexistentes, ocupados por pueblos indígenas, alteran y desarticulan las relaciones tradicionales entre estos territorios. Sin embargo, en la mayoría de los casos, seguirán siendo espacios articulados por esta población indígena, a riesgo de que su movilidad tradicional sea controlada y reprimida por los Estados nacionales, que califican estos desplazamientos con el nombre de “ingreso ilegal y contrabando”.

En la puna y el desierto de Atacama, numerosos estudios arqueológicos demuestran los antiguos vínculos transcordilleranos en toda la zona andina. Específicamente, los efectuados entre la puna y el desierto de Atacama evidencian un tráfico de personas, de caravanas y de intercambio de diversos productos desde periodos precolombinos (Haber 2006, Niemeyer 1994, Núñez 1994, Ratto *et al.* 2002, Tarragó 1997). Iguales vínculos transcordilleranos fueron registrados en tempranos documentos españoles del siglo XV y XVI. Los estudios de John Murra (1972 y 1973) son esclarecedores respecto de la interconexión cultural y económica de estos territorios ambientalmente diversos de los Andes, a la que el autor denominó “control vertical de pisos ecológicos” o “archipiélagos verticales”, modelo que ha gravitado en gran parte de las ciencias sociales del Área Andina. El trabajo de Murra demuestra que las economías indígenas se basaban en la complementariedad de productos diferentes movilizados desde diversas zonas ecológicas, mediante intercambios complementarios sustentados en una red de relaciones sociales, en el parentesco y en las alianzas políticas. La movilidad de productos y de personas se realizaba entre la vertiente costera y la selva, pasando por los valles y el altiplano. Otros autores —antropólogos, historiadores, geógrafos y arqueólogos— han propuesto nuevos modelos de complementariedad ecológica, económica y social en los Andes (Núñez y Dillehay 1992, Salomon 1985, Shimada 1982). Específicamente, para el desierto y la puna de Atacama, como espacio discreto de la zona andina, los estudios demuestran que estos territorios en el periodo colonial se encuentran unidos por redes sociales y económicas, a la vez que transitados en diversas direcciones (Castro 2001, Gentile 1986, Gil 2004, Hidalgo 1984, 1984a, Martínez 1998, Sanhueza 2008).

Las noticias acerca de las articulaciones indígenas transcordilleranas, entre la puna y el desierto de Atacama, se esfuman gradualmente a lo largo del siglo XIX, periodo de constitución de las repúblicas (Platt 1987). Ello ocurre en la medida en que existe un ocultamiento o invisibilización étnica en estos territorios, en pos de la unidad cultural de cada nación. Desde principios del siglo XX, los discursos oficiales no hacen referencias a esta movilidad histórica de collas y atacameños, coincidiendo esta omisión con la imposición de la nueva frontera argentino-chilena, que desconoce la existencia de una red de intercambios sociales y económicos entre los distintos territorios.

Los estudios transfronterizos entre el desierto y la puna de Atacama destacan los intercambios oficiales de productos procedentes de las económicas formales, es decir, los flujos de ganado entre las grandes haciendas de la vertiente argentina y los establecimientos mineros del desierto en Chile, tráfico ganadero que usa rutas de abastecimiento a través de los pasos fronterizos habilitados (Conti 2003 y 2006, Del Valle *et al.* 2006). En cambio, la movilidad transcordillera de las comunidades indígenas queda invisibilizada y fuera del registro público, como lo señalan Guerrero y Platt (2000). La antropología andina no hace muchos aportes a la comprensión de estas movilidades transfronterizas, pues se aboca preferentemente a estudiar la esfera de la producción material y simbólica en algunas comunidades andinas. Escasamente se introduce en la esfera de la circulación de productos, espacio en el que precisamente se sitúa este tipo de articulaciones transcordilleras. Se exceptúan de esta tendencia el tradicional trabajo de María Cipolletti (1984) sobre la movilidad transcordillera de un pastor y arriero colla, los aportes de Ravey *et al.* (1986), y los recientes trabajos de Gobel (1998 y 2009), García *et al.* (2002 y 2007) y Molina (2007 y 2010), que abordan los vínculos comerciales y relaciones sociales collas y atacameñas entre la puna y el desierto de Atacama.

Entonces, collas y atacameños quedan sujetos a las normas de los Estados nacionales, y en sus desplazamientos transcordilleros deberán afrontar el control migratorio, el registro aduanero y la vigilancia sanitaria. En la práctica, sus actividades consuetudinarias quedaron fuera de la legalidad, pues al ejercer su movilidad tradicional ésta quedó penalizada, acusándoles, cuando eran sorprendidos, de ingreso ilegal, contrabando de mercancías y animales, e introducción de especies vegetales y animales no autorizadas. Estas restricciones serán evitadas por collas y atacameños, que con discreción seguirán cruzando la frontera, haciendo uso del conocimiento geográfico del territorio, persistiendo de este modo la arriería y el intercambio tradicional en un territorio común que fue desarticulado por las fronteras nacionales. A través de esta movilidad, collas y atacameños intentan reproducir una red de relaciones sociales y de complementación de productos provenientes de las económicas indígenas de diversos pisos ecológicos, así como del abastecimiento de artículos manufacturados, llevados desde largas distancias.

Los "atruviesos" de la cordillera se mantuvieron hasta muy reciente periodo. Collas y atacameños utilizaron numerosos pasos cordilleros que formaron parte de las antiguas rutas de conexión de la puna y el desierto de Atacama. En esta frontera existen una treintena de pasos, abras o portezuelos, que se localizan a lo largo de casi 600 km de longitud, extensión que separa a la puna del desierto de Atacama. En esta extensión se habilitaron oficialmente tres pasos fronterizos, pero collas y atacameños mantuvieron su movilidad por rutas distintas a las oficiales, arriesgándose siempre a la persecución y represión por parte de las policías nacionales de sus actividades consuetudinarias.

Desde principios del siglo XX, las fronteras estuvieron custodiadas malamente por destacamentos militares, pero desde la creación de los cuerpos de policías y gendarmería en las postrimerías de la década de 1920 y 1930 fueron objeto de mayor cuidado, reprimiéndose el ingreso ilegal de personas, el contrabando de productos y el arreo de animales. Las policías persiguieron, detuvieron y procesaron a collas y atacameños sorprendidos en sus viajes consuetudinarios. Para evitar estos encuentros, el viaje se transformó en un desplazamiento discreto, utilizando rutas que atravesaban lugares mayormente desconocidos y aislados, y se prepararon para afrontar los riesgos y peligros que deparó el camino.

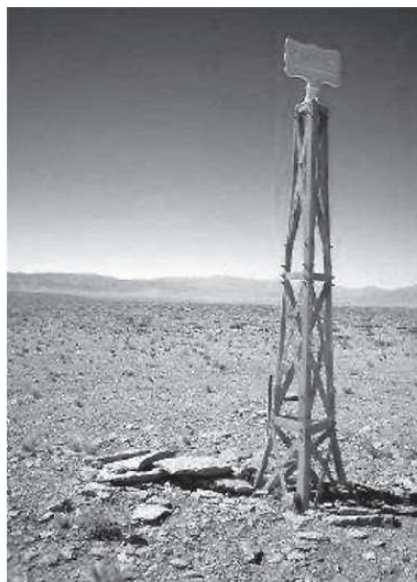
II. Percepción de la frontera, rutas y viajes

Para algunos collas y atacameños, la frontera binacional constituye un hito extraño, ajeno y traspasable, un hito material que se emplazaba en medio de un *campo* o en la cima de un portezuelo, y que marca el límite entre países en un punto aislado de la geografía, muchas veces desconocido para los organismos del Estado y sólo transitado por los indígenas. Para otros, el hito fronterizo es un aviso de que se ingresa a otro país, una señal para extremar las precauciones del viaje y evitar el encuentro con la policía.

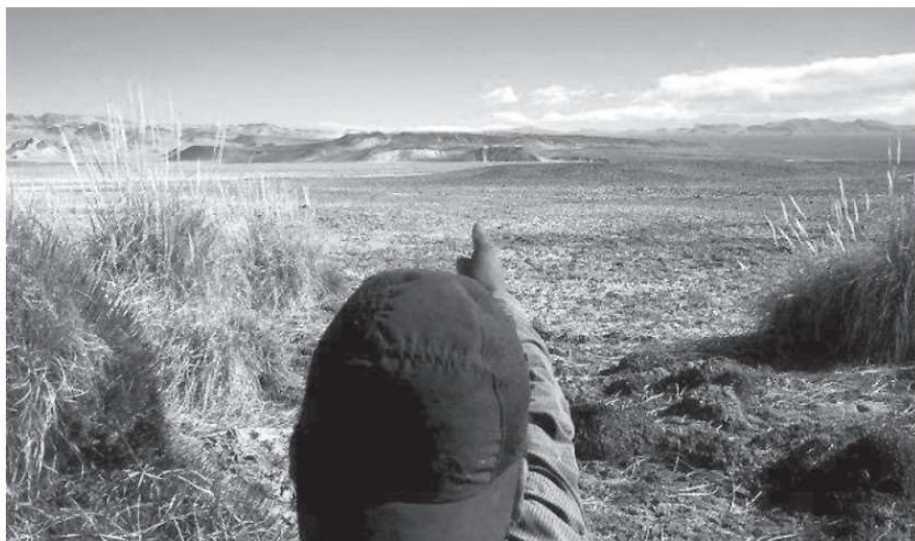
Un pastor de Peine, poblado ubicado al sur del salar de Atacama, pasaba con sus animales de Chile a Argentina. Para él la frontera era una línea imperceptible, a no ser por los hitos de fierro que marcan el límite; "...yo no sentía que estaba en otro país, porque eran campos iguales, no había policía, ni nada". La frontera era "...un monolito de fierro que tiene una cabeza que dice Chile por un lado y en el otro Argentina" (V.C., 75 años, Peine, 5 de abril de 2009). Atravesar este límite no tenía para este viejo pastor la carga que le otorgan los discursos oficiales, es decir, territorios, soberanías e imperio de las leyes nacionales. Para otros arrieros, la frontera era una marca en el camino que fragmentaba en dos, un espacio continuo; "La frontera es donde está la divisoria... aquí está el linde de Chile y aquí el de Argentina..." (M.C., Finca Chañaral, mayo de 2009).

En zonas donde existía mayor presencia policial era más evidente el peligro. Atravesar la frontera requería conocer las prácticas de vigilancia y la geografía de la puna y el desierto. Era necesario estar al tanto de los derroteros, senderos principales y de los caminos alternativos para evitar el peligro policial.

La movilidad transcordillera se sustentaba en una red de caminos y senderos interconectados que atraviesan la puna y el desierto de Atacama y que, a su vez, conectan los diversos asentamientos que allí se emplazan. Por ejemplo, desde el poblado de Antofa-



Hitos en Socompa, en el límite fronterizo entre Argentina y Chile. El hito tiene en su parte superior el nombre de cada país. Se encuentran emplazados en terrenos planos o "pampas" de la puna, en los que se aprecia una formación vegetal del pajonal



Un poblador de la puna indica desde la Vega de Abrapampa, en Argentina, la ruta y dirección del Volcán Peinado y del paso fronterizo de León Muerto que lleva hacia la Cordillera de Copiapó, en Chile

Los caminos reseñados no sólo han sido traficados por collas y atacameños. Durante el siglo XIX y principios del XX, los exploradores los utilizaron para atravesar el desierto y la puna de Atacama con el fin de reconocer sus riquezas minerales, describir la geografía y verificar la existencia de aguas, pastos y leñas. El viajero alemán Von Tschudi (1966) comenta en 1860 que el camino de San Pedro de Atacama a Antofagasta de la Sierra es el “más corto y más penoso”. Otro viajero, Federico Philippi, en su viaje de 1885, señala que el lugar llamado Aguas Calientes es “...considerado por los habitantes de Antofagasta (de la Sierra) como la mitad de la distancia que los separa de (San Pedro de) Atacama” (Philippi 1975: 208). El naturalista Rodolfo Philippi, padre de Federico, describe la ruta que “...conduce de Paposo a Antofagasta (de la Sierra). Las jornadas son las siguientes: de Paposo a Cachinal de la Sierra hay 28 horas de camino sin agua, de Cachinal a Sandón 9 horas, de Sandón a Río Frío 7 horas... y quedan todavía de Río Frío cinco buenas jornadas a Antofagasta” (R. Philippi 1860: 209). El geólogo Lorenzo Sundt (1909) escribe que por la Quebrada de Chañaral Alto pasa una ruta que comunica el desierto de Atacama con el valle de Chaschuil y luego con Fiambalá. En estas descripciones de exploradores y viajeros se nos presenta a menudo un paisaje vacío de actividad humana o con indígenas cuya presencia no es destacable. Estos extranjeros aunque encuentran en su camino vestigios de cazadores de vicuñas, se topan con pastores de ganado, o al entrar a una quebrada descubrían la existencia de cultivos o pequeños oasis, con uno o varios pobladores indígenas, retratan a los pobladores como si formaran parte del paisaje desolado, sin identidad particular o presencia destacable (Bertrand 1885, Philippi 1975, Von Tschudi 1966).

Para comprender los desplazamientos collas y atacameños, debemos relativizar la visión de los exploradores, pues los viajes por la puna y el desierto de Atacama no son trayectos solitarios y carentes de un paisaje cultural, como pudiese pensarse o como lo dieron a entender algunos viajeros. El viaje transfronterizo colla-atacameño

incorpora en su diseño y planificación aspectos relacionados con la naturaleza del territorio, su geografía y la presencia de agua, pastos y leña. La elección de la ruta no era al azar, pues tomaba en cuenta la existencia de asentamientos, sean éstos una majada, un puesto, una estancia o construcciones para la residencia temporal, estacional o permanente de los pastores, o lugares de uso comunitario, establecimientos que la mayoría de las veces se localizan en zonas alejadas y muchas veces desconocidas por la policía u otros funcionarios burocráticos. Estas consideraciones en el diseño de la ruta les permitían organizar el viaje, la alimentación, el descanso de los animales y proveerse de las comodidades para el alojamiento.² Incluían en sus desplazamientos el uso de caminos de arriería y pastoreo, como lo comprueba el antropólogo Charles Folla en su investigación acerca del poblado de Socaire. Dice que muchos socaireños van a comprar, “cambalachear” (intercambiar productos) o trabajar a Tolar Grande; “...utilizando para su retorno toda la estructura de rutas de trashumancia de Socaire, pero igualmente las rutas de trashumancia de pueblos que se encuentran en territorio argentino y que las autoridades policiales no conocen o no tienen los medios materiales para controlar” (Folla 1989: 194).

III. El peligro y la huella

Si los viajes transfronterizos de collas y atacameños, a fin de evitar la detención, la confiscación de la carga y la retención o sacrificio de sus animales, eran desplazamientos discretos, utilizaban rutas desconocidas y pasos fronterizos aislados, haciendo casi imperceptible su movilidad para las policías; entonces, ¿cuál es el peligro en estas relaciones de intercambio social y económicas consuetudinarias?

Se podría imaginar que el peligro para el viajero era encontrarse con la policía que esperaba en un lugar del camino para detenerle, interrogarlo y allanar su carga. Esto que parece evidente para un habitante urbano, no es así en el *campo*, es decir, en los extensos territorios de la puna y el desierto de Atacama; “¡...Ése no es el peligro...!” me constataron los arrieros collas y atacameños cuando manifesté esta inquietud: “...uno que conoce las pasadas, sabe dónde están los gendarmes y se les pasa por el otro lado. [...] La primera vez que fui (en el viaje de arreo de animales) no conocía, iba con un tío baquiaino, y llegamos a una parte, estaban los gendarmes ahí. Fue el baquiaino a mirar y estaban ahí, cerquita, entonces descargamos las mulas hasta que se hizo la noche..., no nos vieron ni el polvo los gendarmes” (M.B. Pastos Largos, Qda. Paipote, 3 de julio de 2005).

Si la ruta escogida pasaba por un puesto policial entonces se extremaban los cuidados. Un arriero colla-atacameño de la puna, dice que hace años en la vega de Caipe había un puesto de la gendarmería. Para evitar ser detectado, atravezaba a medianoche, a la hora de mayor frío, y lo hacía llevando los animales por la orilla del Salar y lejos del puesto policial. En recientes viajes y cruces de la cordillera, efectuados en el mes de abril, “Don J.M. (de Chile) estuvo en ese mes, pues no andan patrullas de carabineros, y venía a rumbo y esquivando, para así llegar a Antofalla” (F.S., Antofalla, 29 de enero de 2006). Otro arriero colla de Copiapó recuerda que el viaje a Fiambalá tenía un paso riesgoso en el valle de Chaschuil; “...los gendarmes hacían recorridos, entonces había que esperar la hora de paso. En la mañana pasaban a las 10 y regresaban como a las dos de la tarde... porque no acampaban, hacían el recorrido en vehículo. Entonces tenían que estar a la expectativa, no cruzar para no juntarse con ellos” (I.V.,

mayo de 2008). En la estación de otoño, el tiempo era más frío, se pasaba por el mismo lugar: "...a las ocho de la noche. Estaba oscuro cuando pasamos por los gendarmes. Eso fue en el mes de abril, hacía un frío, un hielo terrible. A esa hora los gendarmes estaban acostados" (S.A., Paipote, 13 de julio de 2009).

Entonces, cuando se pregunta a los arrieros collas y atacameños dónde se encuentra el peligro en estas travesías transfronterizas, la respuesta es unánime; *¡Amigo... El peligro está en la huella, en dejar el rastro...!* Es decir, en las pisadas de los animales y de las personas que componen la caravana y el arreo. Si la policía lo encuentra fresco o de poco tiempo, entonces es muy fácil "huellarlo" y dar alcance a los viajeros. Collas y atacameños saben que un buen "huellador" es capaz de seguir el rastro de varios días. "El (baquiiano es el) que sabe ver la huella, el que sabe huellar. Yo para la huella soy igual que perro..., Conozco la huella fresca... de cuánto más o menos es, si es del día o de la noche, de dos días. Reconozco la huella de oveja y la huella de cabra, porque no son iguales... Todos no pisamos iguales y el animal tampoco..." (I.V., septiembre de 2007).

La acción de *huellar* es fundamental en cualquiera que posea ganados y transita la cordillera. Es un arte y oficio que requiere sensibilidad y técnica, ambas se adquieren y entrenan: "...uno que está acostumbrado a andar por la cordillera, usted sabe al tiro cuántos animales van...", y las huellas de los animales también se puede identificar: "...Por ejemplo, la herradura que hacen en Chile, no es igual a la que hacen en Argentina. [...] y el rastro cambia... Así se sabe si el animal que pasó es chileno o argentino. Eso es lo que hay que evitar, el rastro, pero nosotros en otras partes no lo podemos evitar" (S.A., Paipote, 13 de julio de 2009).

Efectivamente, no siempre se puede evitar que la policía encuentre las huellas de las caravanas. Sobre las arenas las huellas desaparecen rápido, pero sobre terrenos húmedos y salitrosos, queda la pisada como un molde. Ocurre en aquellos terrenos a los costados de los salares donde la huella queda mejor marcada, como pisada sobre arcilla fresca. Un arriero de la puna relata que en uno de sus viajes a Peine y Socaire llevaba algunos burros para *cambalache* o intercambio, y cerca del salar de Arízaro se



"Pinoya cuando iba a la Argentina... llegaba a Palo Blanco, él cruzaba el llano Cazadero y en la entrada al Quemado cruzaba derecho no más, no tiraba nada para la derecha... cruzaba derecho, subía un cerro y ahí caía al río Colorado, una parte que le llaman la Ciénaga para el otro lado. Él conocía casi todas las huellas de los animales de él... Sabía cuántos animales venían..." (S.A., Paipote, 13 de julio de 2009).
Fotografía: Raúl Molina Otárola

encuentra con sus compadres que llevaban “contrabando” a Antofalla. Comparten vino y aguardiente en la noche, aprovechan de hacer trueque, cambia un burro por unos *tambos* (medida local de 20 kg) de hojas de coca. Acampaban en una pequeña quebrada y a unos 300 m se escucha el estallido de un fusil, se dirigen a mirar lo que está ocurriendo y ven en la noche varios fogonazos de munición. Eran los gendarmes que habían atascado el camión en una quebrada pantanosa. El arriero cae en cuenta que le han seguido el rastro, pues quedaron huellas en el borde del salar; “...esa vez estuve arreglando la carga y entonces quedaron las pisadas y los guanos frescos de los animales los recogí” (D.R., Fiambalá, 20 de abril de 2008).

Los viajes importaban mayor peligro para los arrieros collas y atacameños cuando los policías contrataban para sus rondas de vigilancia a huelladores indígenas, como ocurrió con la Gendarmería Nacional Argentina, que contrató a un pastor y cazador de guanacos para que les ayudara a seguir a los “contrabandistas”; “Había un viejo aquí en Las Lozas de apellido Mamaní que lo contrataron para seguir la huella. Ése a nosotros nos siguió con mi hermano... (cuando encontró la huella) fue a dar cuenta (a los gendarmes) a Palo Blanco..., y nos siguieron hasta el Nacimiento... no nos pillaron porque nosotros traíamos dos días antes...” (S.A., Paipote, 13 de julio de 2009).

No siempre los arrieros collas-atacameños tenían buena suerte. A pesar de todas las providencias tomadas, los conocimientos e intuiciones aplicadas, igualmente eran sorprendidos por la policía, ya sea porque les seguían el rastro o porque eran detectados por delaciones entregadas en algún pueblo. Estos hechos no son pocos y significaron la mayoría de las veces la confiscación del ganado, la pérdida de los bienes, la retención o eliminación de los animales y la detención, juicio y encarcelamiento de los viajeros. Un habitante de Antofalla, Argentina, que viajaba a Socaire y Peine, en Chile, fue detenido dos veces por los gendarmes, confiscándole la carga de hojas de coca que llevaba para los poblados de la puna. A finales de la década de 1970, atacameños de Peine son sorprendidos cerca de Antofagasta de la Sierra, en Argentina, llevando mercaderías para el *cambalache*. “Hilario y Adrián Plaza fueron detenidos en la Laguna Caro, cerca de la Vega Colorada, cuando iban en mulas por caminos de arrieros. Los tomó Gendarmería... eso fue en 1978” (O.R., Antofalla, 22 de abril de 2008). A veces la desgracia llegaba al final del viaje. Un arriero colla de Potrerillos, Chile, a finales de la década de los setenta logró *cambalachear* burros por mercaderías en el valle de Fiambalá, en Argentina, e ingresarlos hasta la vega de Quebrada de Jardín, en Chile. Lo delataron y Carabineros procedió a sacrificar los animales en la misma vega en que pastaban.

No siempre la policía actuaba aplicando al pie de la letra las ordenanzas legales. En ocasiones permitía a collas y atacameños seguir camino. Algunos pobladores de la puna dicen que a veces eran ayudados por la Policía Federal, cuestión que refrenda Folla (1989), quien señala que los arrieros socaireños cuando venían de Tolar Grande con sus *cargas* no eran molestados por Gendarmería y Carabineros de Chile.³ Pero no todo era quimera, en algunas ocasiones, los encuentros entre arrieros y policía tenían consecuencias fatales, como es el caso del atacameño de Chile “...Roberto Nieva que llegaba a Antofagasta de la Sierra a comprar corderos. A este hombre lo balearon, se enfrentó con los gendarmes y fue muerto” (E.V., Antofagasta de la Sierra, 31 de enero de 2006).

Así observamos que los viajes de intercambio transfronterizo, sean de arriería o de abastecimientos de productos y mercancías, están siendo reprimidos la mayoría de las veces por la policía a cada lado de la frontera. En muchos de los viajes los controles eran evitados mediante las providencias tomadas, pero en otras ocasiones, las huellas

dejadas eran la evidencia para seguirlos. Collas y atacameños podían ser detectados por el rastro dejado sobre el camino, por el avistamiento o por la delación. El encuentro indígena-policía implicaba la mayoría de las veces la pérdida de los animales, de la carga y de la libertad, y en casos excepcionales, de la vida. Estos hechos constituían peligros eventuales del viaje transfronterizo, pues, como señalan collas y atacameños, generalmente los viajes eran “tranquilos” y “sin novedad”.

IV. Tiempo de viaje y peligros naturales

A los riesgos y peligros del encuentro con la policía, se suman aquéllos vinculados a la naturaleza de la puna y el desierto de Atacama. Las travesías collas y atacameñas están pobladas de relatos fatales, de pérdida de animales, bienes y mercancías, pero también de proezas, cuando han debido afrontar las inclemencias del tiempo y la rudeza de la geografía.

La travesía de la puna y el desierto de Atacama a menudo depara muchas sorpresas. El comportamiento meteorológico diario y las características del tiempo en las diversas estaciones del año son aspectos necesarios a considerar en los viajes, pues de éstos también dependía el éxito de la travesía. Los peligros naturales son descifrados por collas y atacameños, pues conocen el comportamiento del tiempo y las señas de los cambios atmosféricos en el paisaje, generando un diálogo con la naturaleza.⁴ De aquí que cualquier cambio atmosférico sea descifrable por el escrutinio de la geografía, saberes que han sido estudiados por geógrafos culturales y antropólogos (Katz y Lam-mel 2008, M. Núñez 1998), cuyas prácticas indígenas coinciden con lo señalado por Phillippe Descola (1989: 17), que “la naturaleza siempre requiere un intérprete”.

El comportamiento del tiempo a lo largo del año debe ser conocido por collas y atacameños, pues el viaje puede iniciarse en cualquier estación. La oportunidad para el comienzo del desplazamiento dependía de múltiples factores: la presencia o ausencia de control policial en las fronteras, que coincidía con el buen o mal tiempo y con las estaciones climáticas del año; el momento de mayor cercanía de los pastores a la frontera por la trashumancia ganadera; el término de las cosechas o cuando el ganado está robusto y bien alimentado al final del periodo de veranadas.⁵ También, puede coincidir el inicio del viaje con la acumulación de producción de textiles para vender o intercambiar; con el almacenamiento de cueros de animales obtenidos en la caza, o bien cuando existen compromisos sociales o económicos contraídos con anterioridad. Cualesquiera que sean los motivos que impulsan a iniciarlo, siempre se debe atravesar una geografía que presenta ventajas y desventajas, según la época del año. Algunos meses del año el tiempo se presentaba con días esplendorosos y con temperaturas nocturnas no extremas, pero en otros momentos, se desataban temporales de viento y nieve, tormentas eléctricas, y bajaban las temperaturas, se congelaban las aguas, y se reducen los pastos para los animales, aspectos que había que considerar, pues los viajes tomaban de unos pocos días a una o dos semanas.⁶ La caravana o el arreo, dependiendo de la época del año, podía afrontar en la puna fenómenos climáticos como tormentas de nieve, viento blanco, frío extremo y vientos huracanados. En los valles aparecía el “viento sonda” y en el desierto el frío, el calor, la deshidratación, la insolación, la falta de agua y de pastos. Cada uno de estos fenómenos podía provocar pérdidas de vidas de arrieros, de animales y de la carga transportada.



Un habitante de la puna de Atacama, con sus animales y aperos de viaje

En el caso de las nevadas, éstas ocurren principalmente en los meses del invierno, fenómeno que desaconseja el viaje: "...los temporales en la cordillera son terribles, pues cae mucha nieve, hay temporales de viento. Mueren los animales y la nieve no les deja comida" (I.V., Tierra Amarilla, 13 de junio de 2009). También las nevadas cierran los pasos y aíslan a los viajeros: "...ese viaje me tuvo en la cordillera atajado como tres meses, nos tuvo encerrados en la nieve porque yo salí (del Valle de Fiambalá) los primeros días de abril, con la idea que como el 12 o 15 llegaba a Sandón (quebrada en el desierto de Atacama), pero se me ahumó el viaje... el día 25 de julio recién pasamos la cordillera. Habían unas quebradillas..., con nieve... los burros, se metían y algunos crujía la nieve y pasaban, y de repente se les quebraba y se hundían..." (J.O.M., Taltal, julio de 2005).

Asociado a las nevadas se presenta el "Viento Blanco", una borrasca que levanta el polvo de la nieve y lo lleva por los aires, como una cortina. Es uno de los principales peligros para el viajero, los animales y la carga. Cuando éste aparece no permite avanzar, borra la visibilidad, hace descender bruscamente la temperatura y la sensación térmica. Muchas veces se cobra la vida de arrieros y animales; "...el viento blanco... Ése lo emborracha a uno, se pierde, no sabe pa'qué lado va..." (M.B., Quebrada Paipote, 3 de julio de 2005). Otro arriero colla-atacameño comenta uno de sus cruces de la puna: "Había viento blanco, lo cruzamos en el mes de julio. Julio es peligroso, éramos jóvenes... No se veía nada. Comenzó a las 3 de la tarde y a las 4 de la mañana, recién se calmó el viento. Íbamos a Socaire con mulas" (D.R., Fiambalá, abril de 2008). García *et al.* (2002) reproduce el testimonio de otro viajero: "A V.F. se le heló toda la tropa en Aguas Calientes... Esto es cerca de la Cordillera. Lo consideraron desaparecido, no lo veían a V.F. Pero la mula nunca pierde el tino. Hay que darle rienda y ella sigue por el camino. Al día siguiente llegó a Paicuqui. Se le helaron los pies... Al otro día fueron a ver y toda la tropa estaba helada. Quedó la 'huesería'" (J.G., 1997).

A los fuertes vientos sin nieve se les conoce en la puna y la cordillera con el nombre de "huracanes". Éstos corren con fuerza inusitada en los meses de invierno, e impiden o retrasan el viaje, causando pérdidas y daños en los animales, los viajeros y la carga.

Un arriero fue alcanzado por estos vientos en una de las planicies de la puna: "...En una oportunidad venía por acá mismo pasando (Salina de Abrapampa) con cargas desde Socaire, y me pilló la tormenta de viento. Era el mes de julio, pleno invierno. El viento venía de allá del oeste, del Peinado (Volcán), soplaban tan fuerte que levantaba la arena... Levantaba las piedrecillas y las arrojaba al rostro, me tuve que cubrir con la manta. Me dije: debo avanzar sin demora hasta llegar al Agua del Médano, no tenía visibilidad más que unos metros. Yo conocía el camino y los animales también. Cuando llegué al Agua del Médano, hice descansar a los animales. Cuando bajaba la carga, los cueros de vicuña estaban todos picados por el golpear de la piedrecilla y la arena, le faltaban pedazos... La mula carguera venía con la parte derecha de la cabeza inflamada. No se le veía el ojo" (D.R., Abrapampa, mayo de 2008). Este relato es refrendado en la literatura de exploradores y funcionarios que viajan por la puna y la cordillera de Atacama. Catalano (1930) dice de los vientos violentos: "...Los fuertes vientos del oeste suelen levantar grandes nubes de polvo que oscurecen el ambiente, llegando a ocultar el sol y cambiando de un día para otro el color de las salinas, tornándolo rosado. De más está insistir sobre las grandes molestias que tales vientos ocasionan tanto a las personas radicadas en un lugar como al viajero y a los animales; estos últimos buscan abrigo hasta encontrarlo y ni siquiera pueden pastar. El viajero siente mucho más el frío mientras que su vista y cutis son castigados por la gruesa arena que levanta el viento; sólo la necesidad o la obligación pueden mover al hombre a tales inclemencias" (Catalano 1930: 63-65). Von Tschudi (1966) identifica un paso fronterizo, cercano al salar de Piedra Parada, donde "...comienza la ascensión de la Cordillera; el paso es más corto que los citados más en el Norte, pero extremadamente penoso y peligroso. Debido a los huracanes violentos y continuos, que soplan en este lugar, lleva el nombre de Sierra Brava" (Von Tschudi 1966: 404).

También en las quebradas o valles que bajan de la puna corren los denominados "vientos sonda", corrientes de aire convectivo de gran fuerza, que impiden la visión y no deja avanzar, obstaculizando la marcha; "...una vez pasé en marzo, estaba solito, pero me pescó un temporal de viento, que allá le llaman 'sonda'. Son unos vientos que hay arrastrados, se le oscurece el campo igual que cuando entra la niebla, se oscurecen los cerros, no se ve nada, hay que quedarse ahí nomás, puro viento, dura 3 a 4 días" (M.B., Quebrada Paipote, 3 de julio de 2005). Otro arriero señala que: "A veces amanecía corriendo viento sonda... que borra todo... es un solo polvo pero es tibio y uno no ve nada, levanta arena y polvo" (S.A., Quebrada Paipote, 13 de julio de 2009).

Finalmente, en el desierto, los peligros se asocian con las escasas aguas y pastos, los fríos de la noche, la alta radiación que provoca deshidratación, condiciones que se extreman en invierno. Esto ya lo advertía el cronista hispano Jerónimo de Bibar en su travesía del desierto en el siglo XVI: "Los que pasan en este tiempo de invierno, españoles o indios, que de frío o de hambre o de sed mueren" (Bibar 2001: 64).

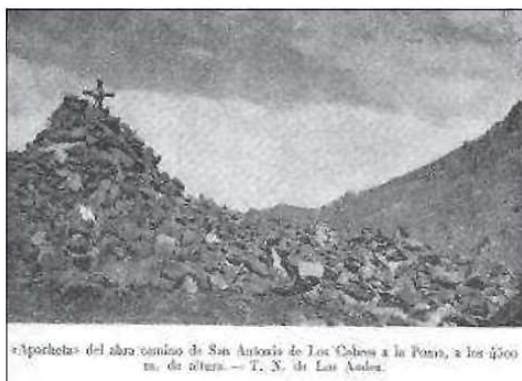
Estos peligros naturales del viaje no impedían los desplazamientos y las articulaciones transfronterizas, incluso en los meses de invierno la puna y el desierto de Atacama eran territorios transitados. Collas y atacameños conocían estos fenómenos y eran capaces de descifrar su pronta ocurrencia, para evitarlos o afrontarlos de buena forma, si los sorprendía en el camino. Los viajeros collas y atacameños debían tomar las precauciones para afrontar estos peligros naturales y evitar el encuentro con la policía.

V. Conjurar el peligro y reflexiones finales

Collas y atacameños conjuraban los peligros y los riesgos del viaje con ritos de pago o retribución a la *Pachamama* o Madre Tierra. No todo es cálculo y prevención para un viaje sin novedad, también se debe pedir a la tierra, comunicarse con ella, alimentarla y *pagarle* para llegar a destino. Estos pagos podían efectuarse en los cerros, escoger un sitio para la ofrenda o hacerlo en las *apachetas*, montículos de piedras acumuladas por el paso de los caminantes, que existen en algunas abras de caminos.⁷

Un viajero colla del desierto de Atacama señala que en sus viajes a Fiambalá, pagaba a la pachamama: “A la tierra se le hacía una alabanza, a la salida de los pueblos siempre se dejaba un poquito de coca (hojas) o un poquito de azúcar, que se dejaba en unos tarritos... para el que viniera, que no llevara nada... se deja a la naturaleza ahí. Nosotros hacíamos eso en los viajes. Toda esa gente que iba conmigo era gente descendiente directa de los collas. Entonces llevaban eso en la sangre...” (M.C.V., Finca Chañaral, mayo de 2008). En la puna de Atacama, el pago a las apachetas que se ubican en las abras más altas, es común a todos los viajeros; “...todos sin excepción ofrecían algo a la Pachamama: coca, alcohol, o una piedra, y pedían tener un buen viaje, llegar al final de la travesía o... (para) que se acorten los caminos” (E.C., 1996, *op. cit.*, García *et al.* 2004). También señalan las investigadoras Silvia García y Diana Rolandi que “...Durante la ‘corpachada’ (acto de ofrendar) se le pide a la Pachamama, la madre tierra, que el viaje sea bueno y que dé ‘tiempo’ para hacer las diligencias porque hay que volver rápido y algunos meses, sobre todo agosto, son bravos” (García y Rolandi 2000).

Lo relevante de estos ritos y pagos a la Pachamama es que son indispensables para collas y atacameños a fin de ayudarse en los viajes transfronterizos. Al pagar a la tierra, se está invocando la protección necesaria y conjurando los peligros del camino, constituyéndose una dialéctica de conversación y síntesis con la naturaleza, que le permite llegar a destino para realizar los intercambios de animales, de productos artesanales y manufacturados y acrecentar los vínculos sociales que forman parte de las relaciones transfronterizas consuetudinarias collas y atacameñas.



«Apachetas del abra camino de San Antonio de Los Cobres a la Poma, a los 4500 m. de altura. — T. N. de Los Andes.



Apachetas en los caminos para hacer pagos a la tierra y pedir un buen viaje. La fotografía de la izquierda es de 1930, muestra una apacheta en el abra de San Antonio de Los Cobres y La Poma, a 4.500 m de altura. A la izquierda, fotografía de 2008, don Domingo y su hijo pagan con alcohol y hojas de coca a la apacheta de Calalaste, a 4.700 m de altura, en el camino de Antofagasta de la Sierra a Antofalla. Fotografía: Raúl Molina Otárola

Estas articulaciones, intercambios y relaciones socio-económicas entre la puna y el desierto de Atacama que he descrito con material etnográfico, las podemos rastrear desde periodos prehispánicos en los estudios arqueológicos, confirmar su presencia y desarrollo en los documentos hispano-coloniales y encontrar en relatos fragmentarios de algunos reportes de viajeros y exploradores en la época republicana. Ello evidencia que ha existido una trayectoria de movilidad en diversos periodos históricos, efectuada por pueblos y culturas indígenas que han habitado estos territorios. Quizás estas relaciones transcordilleranas han estado alternadas en el tiempo, pero definitivamente han sido trastocadas por las fronteras impuestas por las repúblicas de Argentina y Chile, a finales del siglo XIX. Éstas provocaron la división de la puna y el desierto de Atacama, transformando un espacio previamente articulado por relaciones étnicas, en un territorio fragmentado por los límites y fronteras nacionales. En ese contexto, la movilidad transfronteriza colla-atacameña actual viene a ser continuidad de una tradición, un acto consuetudinario, que ha mantenido su discreta y desconocida vigencia a pesar de las restricciones impuestas por las legislaciones nacionales y la constante persecución a los arrieros y caravaneros.

Estas relaciones consuetudinarias subsistentes de los pueblos indígenas, exigen a los Estados nacionales reconocimiento y respeto, por ser actividades preexistentes, y obligan a cumplir el Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), suscrito por Argentina en el año 2000 y por Chile en 2008. Este Convenio en su art. n.º 32 señala: “Los gobiernos deberán tomar medidas apropiadas, incluso por medio de acuerdos internacionales, para facilitar los contactos y la cooperación entre pueblos indígenas y tribales a través de las fronteras, incluidas las actividades en las esferas económica, social, cultural, espiritual y del medio ambiente”. Mientras esto no ocurra, muy probablemente los viajes transfronterizos de collas y atacameños, que aún subsisten, seguirán ocurriendo bajo discreción, para evitar los riesgos y peligros que depara el camino, y mantenerse fuera del alcance de la represión de este tipo de movilidad, en la que se empeñan los Estados nacionales.

Bibliografía

- BENEDETTI, Alejandro (2005): *Un territorio andino para un país pampeano. Geografía histórica del Territorio de los Andes (1900-1943)*, tesis doctoral, tomo I, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires.
- BERTRAND, Alejandro (1885): *Memoria sobre las Cordilleras de Atacama y Regiones Limítrofes*, Imprenta Nacional, Santiago de Chile.
- BOLSI, Alfredo S. (1968): “La región de la Puna Argentina”, *Revista de la Facultad de Filosofía y Letras* 10, Universidad Nacional del Nordeste, Resistencia, Chaco, diciembre.
- BOWMAN, Isahia (1924): *Desert trails of Atacama*, American Geographical Society Special Publication n.º 5, editado por G.M. Wrigley, Nueva York, versión castellana: *Los senderos del Desierto de Atacama*, de Emilia Romero, Sociedad Chilena de Historia y Geografía, Santiago de Chile, 1942.
- CASTRO, Victoria (2001): “Atacama en el tiempo, territorios, identidades, lenguas” (Provincia El Loa, II Región), *Anales de la Universidad de Chile* VI serie n.º 13: 27-70, Santiago de Chile.
- CATALANO, Luciano (1930): *Puna de Atacama. Territorio de Los Andes. Reseña de Geología y Geografía*, Universidad Nacional del Litoral n.º 8, Departamento de Extensión Universitaria, Santa Fé (Argentina) (manuscrito).

- CIPOLLETTI, María Susana (1984): "Llamas y mulas, trueque y venta: el testimonio de un arriero puneño", *Revista Andina* 4: 513-538, año 2 (2), Cuzco (Perú).
- CONTI, Viviana (2003): "El norte argentino y Atacama. Flujos mercantiles, producción y mercados en el siglo XIX", en *Puna de Atacama. Sociedad, economía y frontera*, Alejandro Benedetti (comp.), pp. 21-52, Alción (Córdoba).
- (2006): «La ruta de los arrieros y el salitre», en *Las rutas del Capricornio Andino: huellas milenarias de Antofagasta, San Pedro de Atacama, Jujuy y Salta*, Consejo de Monumentos Nacionales, Santiago de Chile.
- DEL VALLE, Azucena y Gustavo PARRÓN (2006): "La región de los Nortes; Salta y el comercio de ganado vacuno con Chile. 'Ilusiones y desencantos' del ferrocarril Huaytiquina (1946-1955)", *Estudios Transandinos, Revista de la Asociación Chileno-Argentina de Estudios Históricos e Integración Cultural*, 13, San Juan (Argentina).
- DESCOLA, Phillipe (1989): *La selva culta. Simbolismo y praxis en la ecología de los achuar*, Ediciones Abya Yala, Quito.
- ESCOLAR, Diego (2005): "Apuntes sobre 'etnogénesis' y 'emergencia' huarpe; cultura, estaticidad e incorporación en la frontera argentino-chilena", en *Nacionalidades e etnicidades em fronteiras: Roberto Cardoso de Oliveira*, pp. 85-115, Stephen Barnes (org.), Editora UMB; Fundação Universidade Brasilia.
- FOLLA, Jean Charles (1989): *Anthropologie économique d'une communauté paysanne du desert d'Atacama. Mémoire présenté à la Faculté des études supérieures en vue de l'obtention du grade de Maître en sciences (M.Sc.)*, Département d'Anthropologie. Faculté des Arts et Sciences, Université de Montreal.
- FRITES, Eulogio (1971): "Los Collas", *América Indígena* XXXI (2): 375-388, México.
- GARCÍA, Silvia (2007): "Antofagasta de la Sierra: de Chile a Catamarca. Los vínculos comerciales y de parentesco en la memoria oral y en los archivos", en *VII Congreso Argentino-Chileno de Estudios Históricos e Integración Cultural*, Universidad de Salta (Argentina), Salta, abril (manuscrito).
- y Diana ROLANDI (2000): "Relatos y ritual referidos a la Pachamama en Antofagasta de la Sierra, Puna Meridional de Argentina", *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, XXV, Buenos Aires.
- , Mariana LÓPEZ y Paula VALERI (2002): "Viajes comerciales de intercambio en el departamento de Antofagasta de la Sierra, Puna meridional argentina: pasado y presente", *Redes. Revista Hispana para el Análisis de Redes Sociales* 2(5), mayo; <http://revista-redes.rediris.es>
- GENTILE, Margarita (1986): *El "control vertical" en el noroeste argentino. Notas sobre los atacamas en el valle calchaquí* (con observaciones sobre nombres indígenas en el Noroeste por Ricardo L.J. Nardi), Casimiro Quirós Editor, Buenos Aires.
- GIL M., Raquel (2004): *Caravaneros y trashumantes en los Andes meridionales: población y familia indígena en la puna de Jujuy, 1770-1870*, Instituto de Estudios Peruanos (IEP) (Perú), 321 pp.
- GÖBEL, Bárbara (1998): "'Salir de viaje'. Producción pastoril e intercambio económico en el noroeste argentino", en *100 años de estudios americanistas de la Universidad de Bonn. Nuevas contribuciones a la arqueología, la etnohistoria, etnolingüística y etnografía de las Américas*, pp. 867-889, Dedenbach-Salazar Sáenz, C. Arellano Hoffmann, E. König y H. Prümers (eds.), Bonner Amerikanistische Studien 30, Markt Schwaben: Verlag Anton Saurwein, VAS; 1998; XXX.
- (2009): "'Conviene bastante tener un amigo'; interés económico y significados culturales en los Andes", *Revista Humboldt* 151, Goethe-Institut, Bonn, 39 pp. (www.goethe.de/humbolt).

- GUERRERO, Andrés y Tristan PLATT (2000): "Proyecto antiguo. Nuevas preguntas: la antropología histórica de las comunidades andinas cara al nuevo siglo", *Estado-nación, Comunidad indígena, industria. Tres debates al final del milenio*, AHILA, n.º 8, Ridderprint, Ridderkerk (Holanda), pp. 215-241.
- HABER, Alejandro (2006): *Una arqueología de los oasis puneños. Domesticidad, interacción e identidad en Antofalla, primer y segundo milenio d.C.*, Jorge Sarmiento (ed.), Universidad del Cauca, Universitas Libros, Córdoba (Argentina).
- HIDALGO, Jorge (1984): "Descomposición cultural de Atacama en el siglo XVIII: lengua, escuela, fugas y complementariedad ecológica", en *Simposio Culturas Atacameñas*, pp. 221-249, Universidad del Norte, Antofagasta (Chile).
- (1984a): "Complementariedad ecológica y tributo en Atacama: 1683-1792", *Estudios Atacameños* 7: 422-442, San Pedro de Atacama (Chile).
- KATZ, Esther y Annamaria LAMMEL (2008): *Antropología del clima en México*, Lammel, Goloubinoff y Katz (eds.), Publicaciones Casa Chata, México, 638 pp.
- MARISCOTTI, Ana María (1978): "Pachamama Santa Tierra" (contribución al estudio de la religión autóctona en los Andes centro-meridionales), *Suplemento de Revista Indiana* n.º 8, Ibero-Amerikanisches Institut, Gebr. Mann Verlag, Berlín.
- MARTÍNEZ, José Luis (1998): *Pueblos del chañar y el algarrobo: los atacamas en el siglo XVII*, Ediciones de la dirección de bibliotecas y museos, Colección Antropología, Santiago de Chile.
- MOLINA, Raúl (2007, manuscrito): "Viajes de arriería e intercambio entre el desierto y la puna de Atacama; relatos desde Antofagasta de la Sierra y Copiapó", ponencia presentada el *Encuentro sobre integración histórica y cultural chileno-argentina*, Salta, abril.
- (2010): *Collas y atacameños en la puna y el desierto de atacama; sus relaciones transfronterizas*, tesis doctoral en Antropología, Universidad Católica del Norte - Universidad de Tarapacá, Arica, San Pedro de Atacama (Chile).
- MURRA, John (1972): "El control vertical de un máximo de pisos ecológicos", en *Visita de la provincia de León de Huanuco en 1562, por Inigo Ortiz de Zúñiga*, Universidad Nacional H. Valdizán, Lima.
- (1973): "Los límites y las limitaciones del 'Archipiélago Vertical' en Los Andes"; informe de tema al simposio n.º 2 "Verticalidad y colonización andina pre-europea", en *Serie documentos de trabajo n.º 4. Informes de tema para los simposios del Primer Congreso del Hombre Andino*, Programa de arqueología y museos, Departamento de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, sede Antofagasta, Iquique, Chile.
- NIEMEYER, Hans (1994): "Pasos cordilleros y contactos entre los pueblos del Norte Chico y el noroeste argentino", *La cordillera de los Andes: rutas de encuentros*, pp. 23-27, Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago de Chile.
- NÚÑEZ, Lautaro (1994): "Cruzando la cordillera por el norte: señoríos, caravanas y alianzas", *La cordillera de los Andes: rutas de encuentros*, pp. 9-21, Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago de Chile.
- y Tom DILLEHAY (1992): *Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes Meridionales; patrones de tráfico e interacción económica*, Universidad del Norte, Antofagasta (Chile).
- NÚÑEZ, Marie K. (1998): "Peine: saber andino, manejo de recursos y transformaciones", *Estudios Atacameños* 15: 283-291, Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama (Chile).
- PHILIPPI, Federico (1975): "Viaje de Don Federico Phillippi por el Desierto de Atacama en 1885", *Revista Chilena de Historia y Geografía* n.º 143, Santiago de Chile.
- PHILIPPI, Rodulfo (1860): *Viaje al desierto de Atacama, hecho de orden del Gobierno de Chile en el verano 1853-1854*, Librería de Eduardo Antón, Halle en Sajonia.

- PLATT, Tristán (1987): "Calendarios tributarios e intervención mercantil: racionalidades estacionales entre los indios de Lípez (Bolivia) en el siglo XIX", *Revista Chungará* 19: 215-241, Universidad de Tarapacá, Arica (Chile).
- RABEY, Mario; Rodolfo MERLINO y Daniel GONZÁLEZ (1986): "Trueque, articulación económica y racionalidad campesina en el sur de los Andes Centrales", *Revista Andina* 1: 131-160, julio, Cusco (Perú).
- RATTO, Norma; Martín ORGAZ; Guillermo DE LA FUENTE y Rita PLÁ (2002): "Ocupación de pisos de altura y contexto de producción cerámica durante el formativo: el caso de la región puneña de Chaschuil y su relación con el Bolsón de Fiambalá" (Depto. Tinogasta, Catamarca, Argentina), *Estudios Atacameños* 24: 51-69, San Pedro de Atacama (Chile).
- RENAN, Ernest (1947): *¿Qué es una nación? Cristianismo y judaísmo, contemporáneos ilustres. Consejos del sabio*, Editorial Elevación, Buenos Aires, 1947, 1.ª parte, pp. 23-42.
- SAINT GEOURS, Yves (1984): "Historia andina de los siglos XIX y XX: balances y prospectiva. Informe sobre el encuentro franco-andino" (Lima, 20-24 de agosto de 1984), *Bulletin Institute Français d'Études Andines* XVIII (3-4): 1-20, Lima.
- SALOMON, Frank (1985): "The Dynamic Potential of the Complementary Concept", *Andean Ecology and Civilization*, pp. 511-531, Masuda, Shimada y Morris (eds.), University of Tokyo Press, Tokyo.
- SANHUEZA, Cecilia (2001): "Las poblaciones de la Puna de Atacama y su relación con los Estados nacionales. Una lectura desde el archivo", *Revista de Historia Indígena* 5, Depto. de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago de Chile.
- (2008): "Indios' de los oasis, 'indios' de la puna. Procesos migratorios y rearticulaciones identitarias en Atacama (Susques, siglos XVIII-XIX)", *Chungara* 40 (2): 203-217, Arica (Chile).
- SHIMADA, Izumi (1982): "Horizontal archipiélago and Coast-Highland interaction in North Peru", en *El hombre y su ambiente en los Andes Centrales*, Osaka, Senri Ethnological Studies n.º 10, Natural Museum of Ethnology.
- SUNDT, Lorenzo (1909): *Estudios jeológicos i topograficos del Desierto i la Puna de Atacama*, t. I, Sociedad Nacional de Minería, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, Santiago de Chile, 212 pp.
- TARRAGÓ, Miryam (1997): "Relaciones prehispánicas entre San Pedro de Atacama (Norte de Chile) y regiones aledañas: La Quebrada de Humahuaca", *Estudios Atacameños* 5: 50-63, San Pedro de Atacama (Chile).
- VIBAR, Jerónimo de (2001): *Crónica de los Reinos de Chile*, ed. de Ángel Barral Gómez, Dastin, Historia, Madrid.
- VON TSCHUDI, Johann J. (1966): "Viaje por las Cordilleras de los Andes de Sudamérica, de Córdoba a Cobija, en el año 1858", *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias*; t. 45, Córdoba (Argentina).

NOTAS

1. Ernest Renan señala en su discurso *¿Qué es una nación?*, dictado en 1882, que los movimientos de fronteras que se produjeron en Francia a continuación de la Edad Media, estuvieron al igual que épocas anteriores al margen de toda tendencia etnográfica. "La consideración etnográfica no entra para nada en la constitución de las naciones modernas", sentencia el nacionalista Renan (1947). En efecto, y es lo que ocurre en la puna y el desierto de Atacama, los territorios etnográficos no son respetados ni considerados.

2. Recordamos aquí que los viajeros del siglo XIX y principios del siglo XX que atravesaron la puna y/o el desierto de Atacama, siempre contaron con la guía de un indígena, un baqueano que conocía los lugares. Estos viajeros en sus relatos siempre advertían sólo de la necesidad de que el camino contara con pastos, leña y agua; "Todos (los indígenas de Molinos, en Valle de Calchaquí,

prácticos del desierto) me disuadieron decididamente a tomar la primera ruta (de Antofagasta de la Sierra a Copiapó por Pastos Largos) puesto que la mayor parte del camino, desde Antofagasta, carecía de pasto para los animales, de combustible y agua, lo que es muy importante al tratarse de un viaje...” (Von Tschudi 1966: 353). Otro explorador dice: “...A futuros exploradores advierto que pasto, leña, i agua es muy escasa en la hoya de la vega Salado (en la bajada al río Chaschuil, camino de Copiapó a Fiambalá), exceptuando en las vegas de Tres Quebradas. Sin embargo, me dijo el baquiaino que en la quebrada mencionada al pie del volcán Pillanhuasi (Incaguasi) hay agua y pajonal” (Sundt 1909: 65). Un tercer autor advierte lo mismo: “El viajero que recorre esas regiones no puede hacer campamento sin asegurarse que se encuentran reunidos esos tres elementos indispensables: pasto, leña y agua; por eso, las jornadas deben arreglarse según los caminos que uno tiene que seguir, y la presencia de un vaqueano de esos lugares es imprescindible a toda expedición...” (Caplian 1912: 9, *op. cit.*, Benedetti 2000: 320).

3. Algo similar reportan Rabey *et al.* (1986: 141) para la zona de la puna de Jujuy. “Nuestros informantes coincidieron en señalar que, hasta 1983, la gendarmería argentina solía reprimir estos viajes, que legalmente constituyen contrabando”.

4. Las fechas favorables para el viaje transfronterizo, atravesar la puna y el desierto de Atacama, comenzaban a finales de octubre “cuando el tiempo se abriga” hasta el mes de abril “cuando el tiempo se pone frío”. La señal de inicio del tiempo frío, entre collas y atacameños, es cuando en las partes más altas el agua no se descongela durante el día a pesar de que el sol brilla “...Mayo es el mes que comienza a descomponerse el tiempo, aparecen las nubes, el viento y el frío, comienza a escarchar y ya no derrite durante el día en la cordillera” (I.V., Peine, 13 de julio de 2009).

5. Cuando el viaje implicaba arreo de animales, el calendario variaba según las especies que se trasladaban. En el caso de traslado de corderos, el viaje desde la puna al desierto de Atacama debía realizarse a finales del verano e inicios del otoño: “Viajábamos en marzo, abril o mayo, éstos eran los meses para viajar con corderos, porque la hacienda está gorda”, bien alimentada con los pastos de veranada. En cambio, si el arreo era de mulas o burros se pasaba la cordillera en junio o julio, pleno invierno, igualmente si se hacía con vacas o toros, “ésos son bichos duros” o resistentes, relata don E.V. (Antofagasta de la Sierra, 31 de enero de 2006).

6. Un poblador de la puna señala que un viaje con animales desde Antofagasta de la Sierra a Socaire llevando “...corderos se requieren para Chile 15 días y con mulas y vacunos 10 a 12 días, yendo a Socaire” (E.V., Antofagasta de la Sierra, 31 de enero de 2006).

7. La presencia de la “apacheta” se encuentra en todo el mundo andino y así también en el noroeste argentino, lugar de migración colla a la cordillera atacameña. Marascotti (1978: 69-70) señala ejemplos de culto y veneración a la apacheta en los valles calchaquíes y en la puna de Jujuy. Frites (1971: 382) nombra la apacheta y la pachamama como característica de los collas.